

o a lo menos discutir las, como sólidamente probables y fundadas.

Acompañan al libro varios índices muy copiosos, útiles para hallar en un momento el pasaje, el autor, la doctrina que se necesitan.

ALGO SOBRE CRIOLLISMO

(LEÍDO EN LA ACADEMIA DE CARO)

“El olor a tierra removida purifica las almas,” decía el patriarca de las estepas rusas, el Conde León Tolstói, y ésta es la impresión que siento yo cuando tengo entre mis manos un libro genuinamente americano.

Cuando se acaba de leer aquel libro perfumado por los azahares de la huerta paterna que se llamó *María*, cuando se han recorrido las páginas de *Manuela*, como quien va por el sendero montañoso y perfumado de una vega; cuando las escenas de *El Alférez Real* se van desarrollando entre los naranjales y las palmas del fecundo valle del Cauca, “aquella tierra de la inteligencia y del valor,” como dijera don Juan Montalvo; cuando Carrasquilla y Rendón, con Velásquez y Latorre, nos hacen saborear la vida virgiliana y casta de las montañas antioqueñas, se impregna el ambiente de un olor a tierra removida que ennoblece mi alma. Me siento salvajemente noble, bulle en mi sér el abolengo americano cuando veo, al través de los periódicos cristalinos y colorantes de aquellos escritores, las cumbres diáfana-mente azules de nuestros montes, cuyas intrépidas aristas y cresterías potentes, se diluyen en palideces de lila y de violeta, envolviéndose en la gasa de novia que semeja la niebla, cuando miro el terciopelo esplendoroso de los maizales en sazón, y cuando escucho los arpegios frágiles y claros de nuestras quebradas bulliciosas que en copos de alabastro se van cantando sobre los pedrejones de su lecho en las hondas soledades de nuestros bosques. Siento la sangre criolla vibrar en mis ar-

terias cuando contemplo al través de aquellas páginas el infinito horizonte de la Pampa; cuando veo en el escenario de un cielo purpurino, hundirse el disco luminoso del sol entre tonos metálicos de oro diluido y nubes ensangrentadas que semejan tapices imperiales de rajás de la India.

Recordad aquella escena portentosa de Velásquez, aquella madrugada fría e impregnada de niebla en cuyos crespones las manchas negras y coloradas de los bueyes, tranquilos y apacibles, se destacan vagamente; pensad luego en la faena de la carga, en los aparejos ordenados y listos, en los salientes músculos de los arrieros charlatanes, en la copa de aguardiente que toman al partir, cuando la brisa ha relegado los crespones de niebla al flanco de los montes y a la profundidad de las cañadas, cuando el sol espolvorea su oro sobre las húmedas piedras de la cuesta, que incrustan en el lodo los bueyes con sus pesados cascos!

¡Esto es escribir y ser patrióticamente literato, señores académicos! (1)

En aquellas páginas sabrosas y tranquilas se aprende a amar la tierra; se aprende a querer los ojos negros, cual moras del zarzal, de nuestras campesinas; se ensancha y fortifica el espíritu ante las costumbres austeras y cristianas de aquellos labradores que, tras de haber volcado formidables monarcas de los montes, con sus manos callosas y su hacha luciente, reúnen la familia a la hora misteriosa del *Angelus*, y entonan el rosario, juntando, al terminar, aquellas manos vigorosas y fuertes que ennobleció el trabajo para pedir a Dios humildemente el pan de cada día.

¡Cuán grande es esto, señores! ¡Qué campo tan fecundo es la literatura patria! ¡Es un filón de oro que al golpe de la pica deslumbrará a los que piensan to-

(1) El campo es el todo. Los campos, decía Su Majestad Alfonso XIII, dan las bases de toda nacionalidad: el labriego que cria el lino con que se teje la bandera y el soldado que la defiende,

davía importar temas gastados y viciosos del viejo mundo!

Y es digno de notarse que los escritores que más renombre han adquirido entre nosotros son los criollistas, los que explotan temas verdaderamente nacionales. No tenemos para qué repetir los nombres ya citados, pero sí podemos traer a colación a José David Guarín, a Ricardo Silva, a Emiro Kastos, a José María Vergara y Vergara, a don Ricardo Carrasquilla, a José María Samper, a J. M. Marroquín y un grupo más de literatos, cuya memoria se ha conservado entre nosotros, unida a sensaciones de recuerdo gratisimo, como son las veladas familiares encabezadas por el padre, en que se leían aquellos cuadros de costumbres, sanos como las auras perfumadas de la cordillera, nobles como los campesinos y artísticos por la factura de la frase, por la viveza de expresión, por el conjunto armonioso que semeja un verjel en que se mezclan florecillas frágiles y pequeñas, con prodigiosos ejemplares de fauna tropical, donde a las hojas suaves como una caricia y finas como la mano de una novia, se adhieren las hiedras corpulentas y los bejucos primorosos, formando espumarajos de pétalos de nieve, de jazmines y azahares...

Nuestros poetas han sido menos amantes de los temas nativos; ellos no han querido explotar esos veneros fecundos y opulentos, en su gran mayoría, sino que han consagrado sus prodigiosas facultades a temas amatorios, muchas veces cansados, y si se quiere hasta triviales... Gran lástima es, porque los asuntos que pudieran convertirse en diademas de oro con la factura armónica y dilecta de un soneto, con la cadencia rítmica de los alejandrinos españoles, con la orquestación sonora de exóticas rimas en endecasílabos triunfales, abundan por doquiera, y al engazarlos en la sonoridad de una estrofa, se adquiere el prestigio lírico de José Santos Chocano, cuyos versos resuenan

en artísticas vibraciones de trópico con rumores de selva y dianas de turpiales.

Sin embargo se nota una corriente que se encamina a esos campos, y la simiente que en ellos se ha regado comienza, como aquella de que nos habla el Evangelio, a producir ciento por uno. Las flores que han brotado en esos prados son robustas y hermosas, lozanas y fragantes: son plantas naturales que no enfermaron a causa del trasplante, y sus renuevos no necesitan de los cristales de un invernadero para no ser raquíticos y débiles.

Don Gregorio Gutiérrez González tiene, entre los poetas de Colombia que han cantado su tierra, el patriarcado intelectual. Luégo vienen Julio Arboleda, cuya narración épica, el *Gonzalo de Oyón*, se ha considerado por críticos de nota, como el mejor ensayo de esa clase hecho en América; don José Joaquín Ortiz, en los *Colonos*; don José Eusebio Caro, en sus poesías *En boca del último Inca*, *El hacha del proscrito* y *La hamaca del destierro*. El Padre Mario Valenzuela, Diego Fallon y Epifanio Mejía en su *Muerte del novillo*; Roberto Mac Douall y Candelario Obeso, sobre todo, cuyo libro *Cantos de mi tierra*, formará escuela entre nosotros, según José María Rivas Groot; él escribió, antes que nadie, en lengua popular, y la dulzura de sus estrofas tienen la nostalgia de un atardecer en la ribera del Magdalena. Oído:

La negra re mi arma m'a,
Mientras yo brego en la má,
Bañao en suró por eya,
¿Qué hará? ¿qué hará?

en su *Canción der boga ausente*, y luégo agrega:

Que eicura que ejtá la noche,
La noche que eicura ejtá;
Asina eicura ej l'ausencia...
¡Bogá! ¡bogá!

Entre los modernos, nuestro director, el doctor don José Joaquín Casas, recogió los botones de los campos, las florecillas de los prados, juntó las clavellinas y las rosas, unió al incendio español de los claveles, la blancura andina de la reseda, y con este acopio que regó sobre un fondo de hojas frescas de plátanos y de verdes cidros o tallos de palmicha, hizo surgir un libro que se llama *Recuerdos de Fiestas*.

Aurelio Martínez Mutis, uno de nuestros compañeros, há poco hizo vibrar las almas latinoamericanas con el clarín glorioso de sus versos que, como un himno de redención y de combate, resonaron en todos los corazones que aman la común patria y odian el desfreno imperialista.

Cornelio Hispano, en sus *Elegías Caucanas*, ha sido el que ha abordado de una manera más franca y decidida los temas nacionales. El ha tenido arte, y mucha, al cantar sus queridos rincones de la infancia. Sus versos tienen modulaciones exquisitas, y su factura es clásica y sonora.

José Eustasio Rivera se ha mostrado, en unos pocos sonetos que lleva publicados, como un buen poeta que ha hecho de los asuntos nacionales sus temas predilectos.

Carlos Villafañe, Luis Tablanca, Eduardo López, Alberto Carvajal en su libro *Bajo el sol del Valle* y Luis Carlos López, todos ellos han cultivado los temas nativos, distinguiéndose entre el notable y extravagante Luis C. López, cuyos versos tienen característicos de poeta consumado y ramplonerías exóticas de burgués abúlico.

Rufino Blanco Fombona, en un artículo publicado el año de 1913 en la *Revista de América*, que dirige en París el eminente intelectual peruano García Calderón, pretendía dar a Venezuela la iniciativa en esta clase de literatura. Basta conocer algunos de los nombres que atrás dejo citados para refutar semejante aserción. Es verdad que los venezolanos, sobre todo ahora, están adquiriendo escritores criollos, pero nosotros los tenemos de largo tiempo atrás, y a la tierra en que vivieron Jorge Isaacs, Eugenio Díaz y Gutiérrez González no se puede pretender arrebatarle la gloria de ser portaestandarte en las letras nativas. ¿Podrán *El Hombre de Hierro* del mismo Blanco Fombona, y uno de los libros considerados como de lo mejor que se ha escrito últimamente en Venezuela, o *El Cabito* de Pío Gil, novela política y de un realismo en partes repugnante y vulgar, ponerse a la altura del estilo magistral y aristocrático con que está escrito *Pax*? No. Y abrigo la confianza de que si el escritor de que hablamos conociera nuestra literatura nacional, no habría hecho semejante afirmación.

Quiero ahora tratar, siquiera sea someramente, de tres novelas criollas que han unido la metrópoli gauchesca de Argentina, las llanuras calcinadas de Malto-Grosso y nuestro valle del Cauca ubérrimo y fecundo. Ya habréis evocado los nombres de *Amalia*, *Inocencia* y *María*, y del brazo de cada una de ellas habréis cogido al republicano José Mármol, al vizconde de Taunay y a Jorge Isaacs el melancólico y el triste. Son estas tres las obras de más renombre de la América.

José Mármol delinea con rasgos griegos la figura de *Amalia*, aquella tucumana, enérgica y altiva, aristocrática y suntuosa, que padecía cruelmente por la política

de Rosas, ese tirano vulgar y oprobioso que gobernó la Argentina muy cerca de un cuarto de siglo.

El vizconde de Taunay, con maestría de novelista consumado, nos describe en *Inocencia* los llanos, al caer de la tarde, con la melancolía que ella hace descender sobre la tierra así: "ennegrece el suelo, los matorrales se convierten en sombríos macizos, y a lo lejos se desenvuelve tenue velo de un rojo uniforme y pálido, en el cual resaltan, como líneas casi borradas, los troncos de una o más palmichas de mayor altura que las otras." Cuando nos hace oír los gritos del zabelé en los matorrales, el piar de una perdiz que llama al compañero que en vano busca el ruido, y las notas gemebundas y largas del huracán que rugen, nos sentimos como el llanero de su libro, vencidos por el sol y la fatiga, buscando un sitio menos malo en la hojarasca, para dormir allí junto al caballo, teniendo por cabecera la montura. Y cuando nos descubre las costumbres de aquellos campesinos rudos y laboriosos, y nos hace penetrar con Cyrino a la vivienda oculta, donde se consumía *Inocencia* por la fiebre, admiramos aquella delicada criatura de los llanos ardientes, nos entusiasmos por la pálida niña de "mirada tan afable y serena, que con dificultad parecía penetrar por entre las pestañas sedosas que franjeaban sus párpados y que eran tan largas que proyectaban sombra sobre el delicado rostro."

Cuando leemos a *María*, cuando franqueamos la casa solariega y amplia de la hacienda, cuando se nos describen aquellas trenzas de caoba que enmarcaban las palideces de la virgen, cuando llegamos al cuarto de Efraím y vemos "que, marchitas y carcomidas por los insectos, permanecían en el florero las últimas azucenas que ella había puesto," cuando vemos las cartas del amado, "esos pliegos que ella ajó en su seno, y oímos el golpe del reloj que señaló las horas del idilio y el instante supremo de la muerte, exclamamos contritos, con Ricardo León: 'las sombras de los amores inmortales no pasan por el mundo cantando alegrías sino llorando penas. Los suspiros del amor se confunden con los estertores de la muerte'..."

Pero al llegar a la alcoba que semeja un sepulcro por su soledad y por su frío, al llegar a la alcoba impregnada por la esencia de las flores resacas y marchitas, y cuando vemos a Efraím estremecido partir "a galope por en medio de la pampa solitaria, cuyo vasto horizonte ennegrecía la noche," lloramos, sí, lloramos sobre aquellas páginas divinamente tristes, pero nos

persuadimos, con orgullo sangriento, que la primera obra criolla de América latina, la obra más genial, se escribió en Colombia!

1914.

J. A. GUTIERREZ PEREIRA

LA EUCARISTIA

Fue en un tiempo lejano:
Peregrinaba en el camino humano
un hombre soberano,
el divino Jesús de Galilea.
Iba solo en el mundo... Vista al ciego
daba, y aliento y fuerza al que moría;
por todo su camino repartía
luz, caridad....

Y luégo,
no queriendo estar solo (humedecidos
los ojos por el llanto y la tristeza),
fue a buscar compañeros:
visitó las cabañas y los nidos
de los hombres humildes y sinceros;
iluminó sus almas con la lumbre
de su dulce mirada;
les habló de una cumbre,
luminosa, estrellada.
Enamoró sus almas; en sus pechos
debió nacer la luz, pues poco a poco
dentro sus corazones surgió un foco
de verdadera vida;
siguieron a Jesús en su camino,
sintieron de la gloria ardiente anhelo,
y en el Maestro, el único divino
de los hombres, quisieron buscar cielo.

* * *

Una noche Jesús con sus hermanos
se reunió, cercana su agonía.
Alzó hacia el cielo su divinas manos:
su mirada una súplica tenía,
pues dentro su alma había
ansia de redimir a los humanos.

Hubo un silencio largo; hubo una lumbre
caída de lo alto, como el rayo
de sol que, al descender de la techumbre,
besa a la tierra, en casta dulcedumbre,
una mañana de florido mayo.
Sobre la etérea cumbre
hubo palpitations de alegría; del